

La 4ª agua

Por Gema Juan

Para los GOT el 28 de febrero de 2010, Ávila

Estos capítulos, en los que Teresa habla de la oración de unión tienen, en medio de una hojarasca de fenómenos, unas líneas nítidas que pueden dar mucha luz para vivir. La cuarta agua es una etapa importante en la relación.

Para un grupo como el vuestro, que quiere «ser cauce para ayudar a vivir la fascinante aventura de la libertad cristiana a través del camino de la oración», que pretende animar, ayudar a discernir, alentar una vida cristiana cada vez más profunda, son unos capítulos importantes.

También dice vuestro ideario –...– que el horizonte de los GOT es la búsqueda de Dios y que es una búsqueda con proyección: transformadora y comprometedora.

Algo de todo esto dice Teresa que es la oración de unión: «llegada un alma aquí, no es sólo deseos los que tiene por Dios –o sea, hay búsqueda–; Su Majestad la da fuerzas para ponerlos por obra –es decir, hay transformación y fruto–» (21, 5)

No se me escapa que probablemente han buscado una cd para tratar el tema porque, como dice Teresa, sobre esto no se puede decir nada. «¡Dígalo quien lo sabe, que no se puede entender, cuánto más decir!» (18, 14)

Con esto quedo excusada.

1. Introducción

2. La esperanza

3. Recogiendo los 4 modos

4. La oración de unión

a) Algo de lo que se siente: sentir a Dios

b) Cómo se vive: el creyente

c) Lo que podemos

d) Fenómenos místicos

e) Noche: ¿comprender a Dios?

f) La unión nos hace peregrinos

5. Eucaristía

1. Introducción [un esqueleto q dé pistas de lectura. Ptos clave para ayudar a discernir.]

Horizonte

Mientras preparaba estas reflexiones, sucedía la terrible tragedia de Haití. Y esto volvía a recordarme el drama diario de nuestro mundo, donde tantísimos inocentes sufren hasta morir y pasan desapercibidos. Todo el tiempo me golpeaba una realidad contra otra, el agua de la vida y la muerte ignorada, obligándome a buscar un modo de entender o intentar unir cosas que, sin serlo, parecen tan distintas: la vida unida a Dios y el exasperante dolor que nos rodea, la esperanza y el sufrimiento. Poder hablar de un Dios que es amor y al mismo tiempo de una humanidad tan desasistida de (por) sí misma.

No hay que irse a ningún lugar lejano para conocer el dolor y la miseria. Nuestro mundo también parece haberlos globalizado, mientras no ha llegado a globalizar la fraternidad en igual proporción. Sin embargo, cuando la realidad dolorosa irrumpe con tanta fuerza, parece que es imposible pronunciar una palabra sobre Dios, cuando lo

difícil, realmente, es decir algo sobre nosotros. En todo caso, se apodera la impresión de que cada palabra ha de sopesarse mirando esta cara de la realidad.

Así me sentía yo y me sigo sintiendo y, de alguna manera, mis palabras nacen de un largo silencio con Dios, y nacen a la vez de la necesidad de decirle como Él se dice, al menos como yo he logrado *sentirle* y, en cierto modo, *comprenderle*.

Enfoque

Sentir y comprender a Dios podría ser lo que centre la lectura de estos capítulos. Desde Teresa, ambas cosas tienen honda repercusión en el creyente. Así que podemos empezar con su palabra: «estando así el alma buscando a Dios (18)...no se le pone cosa delante, en que piense le sirve, a que no se abalance; y no hace nada, porque -como digo- ve claro que no es todo nada, sino contentar a Dios.» (21, 5)

Lo que sirve y contenta a Dios sabemos qué es. Vale, para ser breves, traer aquí el romance del Santo cuando el Padre dice al Hijo «el que a ti más se parece / a mí más satisfacía».

Teresa define a Dios como quien no se cansa de dar, como misericordia inagotable. Y al creyente que se ha dejado afectar de verdad por esta onda, le sucede que se ve «aprovechando» desde una experiencia de gratuidad, siempre creciente, porque ve que el amor con que ama «no viene de sí», sino que es recibido. De modo que contentar a este Dios que confesamos, será mirar la propia vida en la vida de Jesús y reestructurarla desde él, desde una profundidad cada vez mayor.

De esto, esencialmente, habla Teresa en estos capítulos: de un Dios que se vuelca permanentemente hacia nosotros y de un creyente tocado en sus fibras más íntimas por ese Dios, de manera que ya no puede dejar de volcarse, como lo hace Dios.

Teresa sabe que «si no conocemos que recibimos, no despertamos a amar» (10, 4), por eso quiere que reconozcamos y entendamos la comunicación de Dios. Insiste en mostrar, y casi demostrar, que Dios se comunica e intenta explicar cómo es esa comunicación. Convencida de que «quien más le entiende más le ama y alaba» (37, 3), [hace lo imposible por ayudar a entender].

La cuarta agua trae al Dios que nos forja constantemente y presenta el carácter y estilo de un creyente, de un orante que fragua bien. Alguien que puede decir, a la vez, dos frases felices que se llevan veinte siglos de diferencia: «hombre soy; nada humano me es ajeno» en boca de Terencio y «hombre soy y nada divino considero ajeno a mí» en boca del filósofo argentino V. Fatone.

En todo caso, la cuarta agua es vida mística muy avanzada y, por tanto, habla de una integración profunda y auténtica. Es decir, hay una experiencia prolongada en el tiempo, aunque esté condensada en pocas páginas y nosotros la ventilemos en un rato. Hay un despertar cada vez más profundo en la amistad, que nos ablanda y hace fuertes a la vez. «Todo aprovecha para humillar y fortalecer el alma» (21, 12), dice Teresa, porque sabe que la humildad y la fortaleza están muy unidas: cuanto mejor nos conocemos y menos parapetos tenemos, mayor solidez hay, mejor podemos recibir

Como siempre, en la palabra de Teresa hay una invitación no a repetir su experiencia sino, apoyándose en ella, a descubrir, entender y profundizar la propia. Teresa es un original que no produce copias.

La esperanza

Antes de entrar en los grandes temas de estos capítulos quiero que veamos uno que atraviesa los demás. Es algo en lo que Teresa pone el máximo de interés, una de sus grandes motivaciones: se trata de la esperanza, dar esperanza a los demás.

El P. Estradé, un monje de Montserrat que ya murió, decía que esperanza es que alguien te diga te amo. La Santa quiere mostrar que podemos esperar; esperar y confiar tenazmente, porque un amor interminable nos vela, porque hay alguien que nos dice «te amo» y su amor no depende de nada que esté en nuestra mano trastocar sino sólo de su pura forma de ser, de su esencia, que es amar y nada más.

Aunque vamos a intentar ceñirnos a estos capítulos, habría que leerlos junto a las sextas moradas y arimándonos a las séptimas, lugar donde se califica la vida en la más profunda unión con Dios en ese, recordado, quizás rehuido, texto teresiano, que ilumina perfectamente qué es la unión con Dios, se trata de «hacerse esclavo de Dios... como él lo fue», [como Él sigue siendo, el que sirve].

Tal vez porque Teresa casi desespera de sí misma, porque ha peleado con «una sombra de muerte», y también de los demás [«a todo su parecer de entrambos, era demonio» (23, 14) «No había en esta ciudad quien me entendiese» (30, 6)], sabe hasta donde es necesario mantener la confianza. Ahí está aquel grito de su alma «no había quien me diese vida, y no la podía yo tomar» (8, 12). Tal vez por eso, su palabra resuena dentro de nosotros veraz «nunca desesperen ni dejen de confiar en la grandeza de Dios».

Va repitiendo la idea a lo largo de los cuatro capítulos. Empieza diciendo que escribe «para animar mucho a los que tratan de oración» (18) y ayudarles a desenvolverse en ella. Insiste en el capítulo siguiente diciendo que escribe para consolar, para ayudar a confiar, para que si alguien ve que le flaquean las fuerzas en el camino, no tire la toalla, que no deje el camino porque Dios saldrá por él. Teresa lo sabe muy bien, lo tiene profundamente experimentado, por eso tiene tanta necesidad de contagiar el deseo que la habita. Y así, cuando está terminando este pequeño bloque de capítulos, no puede callar que quiere ser parte, que quiere hacer algo, ser testigo «para que se esfuercen y animen los que esto leyeren a dejarlo todo del todo por Dios» (21, 12)

Entre las palabras del título con que comienza la cuarta agua y las palabras con que termina el capítulo 21 resume Teresa el camino de la esperanza: tratar de oración y dejarlo todo del todo por Dios. Amistad y liberación. La amistad con Dios transforma la vida de manera que se libera para los demás. Podemos esperarlo, y que nadie desespere si vive en amistad, «fíe de la bondad de Dios, que es mayor que todos los males que podemos hacer, y no se acuerda de nuestra ingratitud, cuando nosotros, conociéndonos, queremos tornar a su amistad, ni de las mercedes que nos ha hecho para castigarnos por ellas...» (19,15), «si no la deja [la amistad], crea que la sacará a puerto de luz» (ib., 4)

El puerto de luz será una vida revertida, vuelta al origen, donde miedo, ambición, indiferencia, olvido no tienen asiento en primera fila y, en cambio, el cariño verdadero, la colaboración, la sensibilidad y el agradecimiento actuado, sí.

Desde aquí también, entendemos unas palabras de Jon Sobrino hablando de su experiencia de fe. Decía que en ella, entre otras cosas, hay un momento de esperanza de que Dios –con o sin poder para superar el mal– (bien sea el personal o el estructural) tiene poder para mantener al ser humano en su esperanza, “a pesar de todo”, y en su praxis de “revertir la historia”.

Recogiendo los 4 modos de regar

Teresa presenta un camino de interiorización y profundización que nos lleva al centro, al lugar donde radica la fuente, a la mayor intimidad. Nos lleva, como veremos, al lugar donde descubrimos que vivimos siendo vividos. Quizás os evoque ese precioso poema de Salinas: qué alegría, vivir / sintiéndose vivido... Que hay otro ser por el que miro el mundo / porque me está queriendo con sus ojos. Siempre me ha parecido que en

este poema late la inmensa intimidad de quien ha descubierto el verdadero centro. Ésta es la experiencia de Teresa y, desde esa experiencia, propone un camino.

Como ya habéis visto los otros tres grados de oración, basta con recogerlos un poco para saber donde estamos.

A lo largo de los 4 modos vemos que orar es un camino, como la vida misma. La amistad se hace, pero no de repente. Se crece en ella poco a poco, de la misma manera que se puede caminar del pozo a la fuente, de buscar con mucho esfuerzo el agua a verse sumergido en las fuentes de un Dios que se *deshace* en nosotros, que es aguacero de misericordias.

Y se avanza no como quien escala para llegar sino como quien va dando calidad y profundidad a la vida, a la relación, como quien se va dejando ganar por el amor, hasta poder decir que Él es «el que lo hace todo» (16, 1), hasta «dejarse del todo en los brazos de Dios».

En este camino hay que ir y volver muchas veces, porque «no hay estado de oración tan subido, que muchas veces no sea necesario tornar al principio» (13, 15), pero seguros de la bondad de Dios que siempre se desborda en amor hacia nosotros.

Todo esto lo habéis visto. Lo que Teresa despliega en su tratadito es un proyecto de amistad. El tema principal es la oración, a través de ella nos vamos convirtiendo, paso a paso, en amigos del verdadero Amigo.

[Por un lado, son apuntes de lo que nosotros podemos hacer para avanzar, apuntes centrados en ayudar a que crezca el amor y a desasirnos. Recordemos que en las VM dice Teresa, muy expresivamente, que el demonio nos desquicia haciendo crecer en nosotros el amor propio (4, 8). Pero, sobre todo, son luces para ir entendiendo que Dios se comunica y da como es, con «largueza y magnanimidad»]

Visto esto, vamos a centrarnos un poco más en nuestra agua.

La oración de unión

En clave teresiana, orar es vivir en amistad y la esencia de la amistad es verdadero amor de Dios. La oración de unión trata de unión de amor entre personas, de semejanza en la vida; por eso, dos palabras llenan esta etapa: amor y verdad.

Se trata de una etapa larga. La unión es la forma, el modo que tiene la relación habitual de quien vive este momento. Puede que haya (o no) algún destello especial (X), pero es lo de menos. La personalidad se reconfigura aquí, el modo de vivir, de estar en el mundo, de actuar, de relacionarse. Es una experiencia de movimiento hacia lo más íntimo y hacia una gran libertad para amar. Es la experiencia de ir quitando frenos. Y aquí entra el silencio con fuerza, un silencio profundo que podemos experimentar, a veces reconfortante, a veces durísimo, la catarata emotiva que se puede desatar, esa fuerza desconocida y diferente para vivir, el ánimo animoso tan teresiano, y la soledad íntima con Él.

«Lo que yo pretendo es», así arranca la Santa en el capítulo 18 y vamos a ver en líneas rápidas lo que pretende:

Pretende explicar algo de lo que se siente en la unión, o sea, algo de lo que se vive, y las gracias y efectos que quedan en el alma, es decir, el cómo se vive y lo que por nuestra parte podemos hacer.

Pretende, como ya hemos visto, animar, contagiar su espíritu.

Describe, como puede, algunos fenómenos místicos, desde su propia vivencia.

Pretende iniciar en la travesía de la noche para que no nos perdamos.

Y, finalmente, Teresa se deja ver como una mujer que peregrina, pero esta vez como una peregrina en la fe. Como alguien tocado por la pasión, que ha experimentado

alguna plenitud, pero también la soledad, la nostalgia y la extrañeza más radical, y no deja de caminar. Siempre da un paso más.

Con este mínimo esquema, se puede entrar bien en estos capítulos que Teresa escribe en medio de un aparente desorden, en parte elegido, en parte inevitable. El contenido es de mucha profundidad humana y espiritual y en ellos instruye al mismo tiempo que se confiesa, pasa de la escritura a la oración y del diálogo consigo misma a dar voces.

a) Algo de lo que se siente: sentir a Dios

Lo que se siente en boca de Teresa quiere decir lo que se experimenta.

La experiencia tiene dos notas características: la presencia de Dios con una fuerza desconocida, con una amplitud inesperada, es decir, la experiencia de Dios como presencia universal y, por otra parte, la experiencia de que esta presencia divina se comunica personalmente, quiere hacerse entender, quiere transparentarse a nosotros.

Y esta experiencia tiene, además, otro rasgo distintivo: es un acontecimiento. Dios *nos acontece*, aunque el lenguaje proteste un poco. No es algo provocado por nosotros. La iniciativa no está en nuestras manos. No creo que sea necesario insistir aquí en que esto no significa, en absoluto, que nosotros seamos marionetas o simples tragabolas de lo que a un supuesto ser divino se le pueda ocurrir.

Lo que importa recoger ahora es que esto se va acentuando, Dios *inicia y completa*. Lo hace *con* nosotros, nunca por encima de nosotros, y eso es lo que nos va cambiando, lo que va reorientando las cosas en nosotros.

El Dios que *siente* Teresa se comunica, quiere comunicarse con nosotros y ella tiene mucho empeño en que lo sepamos: «¡Oh Señor mío, qué bueno sois! ¡Bendito seáis para siempre! ¡Alaben os, Dios mío, todas las cosas, que así nos amasteis, de manera que con verdad podamos hablar de esta comunicación que aun en este destierro tenéis con las almas!;... dais como quien sois.» (18, 3). Aquí, ahora, Dios se comunica.

Es, sin duda, el eje de estos capítulos: entrever, percibir esta presencia activa que habita en nuestra intimidad. Reconocer que Dios se da, que sólo puede ser dándose a nosotros, que Dios es darse, ésa es su forma de amar; y que no da, sino que se da a sí mismo. (Porque) si algo revela al místico, y así a Teresa, es percibir, reconocer la presencia y la acción de Dios.

Y, sabiendo Teresa que habrá quien deduzca que Dios es así para ‘los buenos’, se encarga de explicar que Dios es simplemente así, antes y después de cómo seamos o nos comportemos los seres humanos. Dios es comunicación, que no es más que una explicación de lo que define al Dios cristiano: «Dios es amor», es decir Dios comunica su ser, que es amor.

Después será su confesión, su magnificat «miren lo que ha hecho conmigo». Porque Dios es quien es, pero para darse necesita ser de alguna manera recibido: «Acuérdense de sus palabras y miren lo que ha hecho conmigo, que primero me cansé de ofenderle, que Su Majestad dejó de perdonarme. Nunca se cansa de dar ni se pueden agotar sus misericordias; no nos cansemos nosotros de recibir.» (19, 15)

Teresa dibuja un rostro divino, el rostro que ella ha ido descubriendo y ante el que se ha rendido. «Nunca se cansa de dar», ése es Dios, a quien no se le agota la misericordia. De ahí se desprende lo demás que la Santa refiere a Dios. Un Dios desmemoriado de nuestra mezquindad y de nuestras medias tintas, que sólo las traerá a colación para darnos luz y posibilidad de reaccionar, y que rápidamente nos cubre con su bondad.

Aún añade Teresa que este Señor perdona y promueve el bien en nosotros, y no se mide para favorecernos y darnos su fuerza. Se fía de nosotros, cree que siempre

podemos dar un paso adelante. [En el capítulo 18 tiene la Santa un requiebro precioso que os invito a leer en la oración dejándoos llevar porque aparece con mucha fuerza el Dios de que habla Teresa. El ‘trauma’ positivo de que Dios se fía de ella.]

Es por eso que en este Dios se puede creer y se puede esperar.

Que la presencia de Dios es comunicación lo veremos también en los rasgos del creyente que se va transformando en contacto con esta presencia, y también en contraste con ella.

Sobre el cómo y cuándo sentir a Dios, también dice algo: «esta (agua) del cielo viene muchas veces cuando más descuidado está el hortelano. Verdad es que a los principios casi siempre es después de larga oración mental, que de un grado en otro viene el Señor a tomar esta avecita y ponerla en el nido para que descanse» (18, 9).

Que venga el agua cuando más descuidados estamos nos recuerda que Dios da y no se ciñe a nuestros patrones ni predicciones. Que a los principios venga después de larga oración mental habla de que Dios toma en cuenta todo cuanto ponemos de nuestra parte, de que acepta el proceso que cada uno hemos de hacer para poder acogerle [él está preparado para darse ‘de golpe’, nosotros no] y de que nunca deja de acudir si nosotros acudimos. Y, finalmente, Dios vuelve a aparecer como la ternura que *recoge*, en sentido teresiano, a sus pequeños para darles el descanso que por sí no se pueden procurar.

b) Cómo se vive: el creyente

A los efectos de este modo de oración es a lo que más espacio dedica Teresa y en lo que más fuerza pone. Efectos es la forma de vivir que vamos haciendo, el creyente que se va formando. Para nosotros, que podemos ceder sin querer al autoengaño o caer en ‘devociones a bobas’, este tema teresiano da mucha luz. [También lo es para acompañar, que es una de las cosas que pretendéis, para discernir la oración en los demás.]

La idea motor de Teresa es que la amistad nos cambia, nos reenfoca, que la oración nos resitúa, y lo hace hasta la raíz o mejor, desde ella. Hablar de los efectos significa mostrar que la experiencia de Dios que tenemos afecta la vida (si realmente es experiencia de Dios), que la relación con él remodela nuestra manera de vivir y no superficialmente, no es un lavado de cara, es un cambio de rumbo progresivo y cada vez más hondo.

Hablar de los efectos implica también el conflicto (en el caso teresiano por demás conocido). Lo genera primeramente hacia dentro, cuando choca nuestra corta mirada con la mirada de Dios. Y después hacia fuera, cuando tropieza con otras ambiciones o se encuentra con esos «mil ojos» de que habla Teresa, predisuestos a una sospecha nada constructiva.

Además, nosotros «no somos ángeles» y cuando la Santa recuerda que «es muy buen amigo Cristo, porque le miramos Hombre» está pensando en que tengamos un lugar verdadero donde apoyar la vida, es decir, no sólo un suelo afectivo, sino un punto vivo desde el que iluminar la vida, desde el que dar peso suficiente a las opciones que progresivamente vamos haciendo, una referencia vital.

Así se comprende que ir conociendo a Dios como «gente que ya era de su casa y ha comido, como dicen, de su pan» (19, 15) es ir replanteándose los propios intereses, las aspiraciones, los empeños que terminan en nosotros mismos. Estos son los efectos. Lo demás no sería conocerle de verdad, no sería vivir en esta amistad tan estrecha de que estamos hablando.

Lo deja clarísimo Teresa hablando de las experiencias fuertes de Dios: «queda el alma con los efectos y aprovechamiento que queda dicho. Y si no son estos, dudaría yo

mucho serlos de parte de Dios» (20, 23) Y es llamativo que poco después de decir esto, todavía siga avisando de «¡con qué amistad se tratarían todos si faltase interés de honra y de dineros! Tengo para mí se remediaría todo» (ib., 27).

Veamos ahora el perfil cristiano que nos sale aquí.

► **La comunión.** «Antes de estar el alma en este éxtasis (X), parecele que trae cuidado de no ofender a Dios y que conforme a sus fuerzas hace lo que puede; mas llegada aquí, que le da este sol de justicia que la hace abrir los ojos, ve tanta motas, que los querría tornar a cerrar» (20, 28)

Ante el «sol de justicia que la hace abrir los ojos», Teresa se descubre criatura, siente su barro, «gana verdadera humildad», conoce quien es, y se abre a la solidaridad humana más profunda; entra en el lugar donde todos somos iguales, todos criaturas ante (de) Dios, necesitadas y llenas de posibilidades. Ahí se abre, se deja coger por la luz y puede ver que desde esta comunión se llega a que «reparta el Señor del huerto la fruta y no ella, y así no se le pega nada a las manos» (ib., 29).

► **La concentración.** Se trata de algo muy llamativo de la experiencia de este momento. Se va produciendo la aglutinación íntima y el creyente está cada vez más cogido por la presencia que se derrama dentro de él. Parte del gozo que aparece en estos capítulos está referido a este ir ganando la partida a la dispersión. Esta experiencia es la que provoca, dice Teresa que inevitablemente, que se cierren los ojos para las cosas del mundo y se abran para entender verdades (ib.).

► **Mundo y verdad.** Venimos de la nota anterior y quizás entre nosotros casi no es necesario insistir en el significado de mundo y verdad en clave teresiana.

Basta recordar que «las leyes del mundo» son esas que atan y socavan la libertad íntima, que favorecen la inversión de valores que impide vivir con llaneza, que invita a retener –frente a aquél que no retuvo– a apropiarse, etc. Y, además, a Teresa le preocupa mucho el mundo que llevamos dentro, ése que le llevó a decir que «no me podía encerrar dentro de mí [...] sin encerrar conmigo mil vanidades» (7, 17). Mundo, en Teresa, podría oscilar entre la mentira externa (honra) y el autoengaño íntimo (vanidad), aunque aquí lo externo puede acabar siendo muy interno.

Y «entender verdades» es entender que «es nada y menos que nada lo que no contenta a Dios» (20, 26), lo que no sirve a los demás. Así, casi basta recordar que dice que esta persona de que hablamos «comienza a aprovechar a los prójimos» (19, 3). Con eso calibra la Santa, valora, la realidad de este creyente y de la experiencia que vive.

► **La madurez.** Jung decía que la psicología del místico (...) era de una madurez elevadísima. A juzgar por lo que dice Teresa aquí, no andaba desencaminado. Dos cuestiones van a definir la madurez (cristiana): el conocimiento propio y la gratuidad.

La larga –no olvidemos que somos tiempo– experiencia en la unión es una etapa en la que el conocimiento propio adquiere una profundidad que desborda en una comprensión muy honda de los demás y que conlleva, además, un gran realismo.

La gratuidad va tomando cuerpo en todas las direcciones. Desde la experiencia íntima de que todo es recibido sin mérito propio, de que «todo le viene ancho lo que le dais» (19, 5) el creyente siente que por este camino algo se rehace desde las raíces, la propia vida renace desde y a una nueva libertad «aquí le nacieron las alas para bien volar... ya no quiere querer, ni tener libre albedrío no querría, y así lo suplica al Señor; dale las llaves de su voluntad» (20, 22). Aquí tiene su mejor base el descentramiento radical que vive el creyente, el gran desprendimiento: la salida del ego.

Vale la pena leer aquí un texto, aunque sea un poquito largo, donde se deja ver algo de todo esto.

«Mas con todo, sabéis Vos, mi Señor, que clamaba muchas veces delante de Vos, disculpando a las personas que me murmuraban, porque me parecía les sobraba razón. Esto era ya, Señor, después que me teníais por vuestra bondad para que tanto no os ofendiese, y yo estaba ya desviándome de todo lo que me parecía os podía enojar; que en haciendo yo esto, comenzasteis, Señor, a abrir vuestros tesoros para vuestra sierva. No parece esperabais otra cosa sino que hubiese voluntad y aparejo en mí para recibirlos, según con brevedad comenzasteis a no sólo darlos, sino a querer entendiesen me los dabais.

Esto entendido, comenzó a tenerse buena opinión de la que todas aún no tenían bien entendido cuán mala era, aunque mucho se traslucía. Comenzó la murmuración y persecución de golpe y, a mi parecer, con mucha causa; y así no tomaba con nadie enemistad, sino suplicábaos a Vos miraseis la razón que tenían. Decían que me quería hacer santa y que inventaba novedades no habiendo llegado entonces con gran parte aun a cumplir toda mi Regla, ni a las muy buenas y santas monjas que en casa había (ni creo llegaré, si Dios por su bondad no lo hace todo de su parte), sino antes lo era yo para quitar lo bueno y poner costumbres que no lo eran; al menos hacía lo que podía para ponerlas, y en el mal podía mucho. Así que sin culpa suya me culpaban. No digo eran sólo monjas, sino otras personas; descubríanme verdades, porque lo permitíais Vos» (19, 7-8)

A la experiencia de ser sostenido, de saberse guardado en unas manos buenas, se suma la de descubrir que Dios «se huelga de hacernos merced» (39, 6) que está esperándonos activamente, buscando por dónde mostrarnos amor y poder desplegar su misericordia.

Por otra parte, asoma la cabeza la nueva Teresa. La misma mujer que no soportaba que se dijera de ella algo que la desdoras: «era aficionada a todas las cosas de religión, mas no a sufrir ninguna que pareciese menosprecio» (5, 1) es la que ahora disculpa hasta el fin a quienes murmuran de ella y reza por ellos para que no se les tenga en cuenta. Cuando dice que «no tomaba con nadie enemistad» está diciendo que en su corazón limita cada vez más el espacio para el resentimiento, para cualquier tipo de revancha o amargura. No es que no le duelan las cosas, es que puede elegir un camino mejor, el de hacerse cargo de los demás.

Pero quizás la frase más espléndida es la que encontramos al final. Por su hondura teologal y porque revela una profundidad humana importante, una gran capacidad para no quedarse en la corteza de las cosas, para no vivir parapetado ni ceder fácilmente a la autojustificación: «descubríanme verdades, porque lo permitíais Vos». Es capaz de no quedarse en el mal que hacen los otros y de no entretenerse en defenderse sino que busca la verdad que puede haber al fondo y sabe, además, que Dios está ahí, en el reverso, más allá de lo inmediato.

Lo cierto es que la persona que va emergiendo desde esta presencia derramada es una persona sumamente confortable, alguien que alienta y consuela, que facilita el avance hacia lo bueno de quienes le rodean.

Algo tiene que ver en todo esto ese «desasimiento extraño» que queda de andar con esta compañía (¡si de veras andamos!) y ese mirar todo «sin estar enredada en ello» (20, 25) que no vuelve ausente de nada. Aquí aparece esa cualidad tan fuerte del místico, que sufre por los que no aciertan a abrir la puerta de la libertad, que querría dar voces, y a veces las da, aunque «lluévenle en la cabeza mil persecuciones. Tiénela por poco humilde y que quiere enseñar a de quien había de aprender, en especial si es mujer» (ib.) De paso, la Santa, aunque disculpa con la mayor de las razones y es que los que la critican «no saben el ímpetu que la mueve», hace su crítica eclesial y su defensa de la validez de la mujer.

Podemos resumir todo esto en aquellas palabras que entendió la Santa: «Deshácese toda, hija, para ponerse más en Mí. Ya no es ella la que vive, sino Yo» (18, 14). Así vive este orante.

c) Lo que podemos

En primer lugar habría que atender a la **perseverancia**. De alguna manera es la respuesta a la esperanza, al don de la confianza. *Es ese poquito que hay en nosotros y podemos poner.*

Hemos visto que no pocas veces hay que volver a lo que parece el principio; lo dice en los capítulos anteriores, que «no hay alma, en este camino, tan gigante que no haya menester muchas veces tornar a ser niño y a mamar» (13, 15), por descontado, lo refiere al conocimiento propio, a la necesidad permanente de andar en verdad para que no se venga abajo todo.

Teresa tiene los pies en la tierra y tiene larga experiencia. Ha tomado en serio el camino de la amistad con Dios, del seguimiento, y ha comprobado lo que hemos dicho antes, que «no somos ángeles», que mientras vivimos «siempre ha de haber cuidado de cuando faltare la una agua procurar la otra». Las cosas no se hacen de una vez por todas. Nuestras experiencias de Dios pueden tener algo definitivo pero son, inevitablemente y a la vez, relativas y provisionales. Con nosotros pasa algo parecido, la vida es movimiento y nosotros vivimos en cambio permanente.

Teresa insiste, «aunque después de tan encumbradas, como es llegarlas el Señor aquí, caigan, no desmayen, si no se quieren perder del todo» (19, 3). Es la invitación a la perseverancia, a la confianza *a pesar de todo*. A pesar de uno mismo, a pesar de que mi grupo, mi iglesia, este mundo compartido no responda, no reaccione. Confiar a pesar de lo que sea. La confianza es un don, el *a pesar de todo* es nuestra tarea: perseverar y mantener el ánimo, que significa, sencillamente, no renunciar, no ceder al desaliento, no permitir que él se coma todo el escenario.

También aquí aparece la **determinación** como algo básico que está en nuestras manos «es menester ánima determinada y animosa -...- para arriscarlo todo, venga lo que viniere, y dejarse en las manos de Dios e ir adonde nos llevaren» (20, 4).

Teresa nos recuerda cómo se mantiene una tierra mullida, que es «con ir muy desasida de propio interés» (19, 3) y que con esto y estar determinado a sufrir algo con Cristo, nunca falta agua. Parece un aviso a nuestra ingenuidad y también a nuestras mediocridades, o quizás intenta que no malentendamos la verdadera alegría de que habla en esta oración de unión: es la alegría de seguir a este Señor y de saber que «el discípulo no es más que su maestro; ni el siervo más que su señor» (Mt 10, 24). Esto podemos: determinarnos a seguir con esta amistad al Maestro. Y es muy bonito ver que Jesús invita, en este mismo momento en que avisa de las persecuciones, a mantener la confianza, a no agobiarse por uno mismo, a saber que el Padre nos guarda a todos. Parece que Teresa lo había aprendido bien caminando con Cristo.

«Que no desmaye nadie de los que han comenzado a tener oración... si no la deja, crea que (Dios) la sacará a puerto de luz» (19, 4). Se puede seguir porque «el que no deja de andar e ir adelante, aunque tarde, llega» (ib., 12). Hay que echar fuera los melindres, las falsas humildades que nos apocan y desdican al Dios de nuestra fe.

De modo que algo más podemos. Podemos **cuidar la vida** para que no se nos apoderen algunas dificultades, poner «unas pajitas» con humildad para mantener el fuego sin ahogarlo. Dice Teresa que si sabemos vivir las caídas, nos ayudan «a dar después mayor salto en lo que es su servicio» (ib., 4), por eso le parece importante que atendamos, que mimemos un poco cómo hacemos el camino. La infidelidad no está en

la caída, sino en qué hacemos con ella. [Recordar quién es el amigo que nos llama continuamente, atender a su presencia en la vida (reconocerle)].

Por esto, no basta la buena voluntad, no hay que fiarse de ella, ni tanto de nosotros que olvidemos que no poseemos el don, que sólo somos administradores. Siempre va a ser necesario tener capacidad de pedir ayuda en los momentos difíciles y saber andar acompañados para discernir la propia vida.

Y todavía un último apunte de lo que puede hacer el creyente para ayudarse (y con lo que ayudará). Se trata de **releer** la propia vida a la luz de la misericordia de Dios: «su vida pasada se le representa después y la gran misericordia de Dios, con gran verdad y sin haber menester andar a caza el entendimiento» (ib., 2)

d) fenómenos místicos

Que el fenómeno místico puede formar parte del hecho místico, de la experiencia, no se duda. Que no sea necesario, tampoco. Teresa lo avisa («mi flaqueza ha menester esto») y, si bien hace el esfuerzo de explicar algunos de esos fenómenos, no lo hace para promoverlos. Clarificarse a sí misma por la palabra, discernir con los demás y ayudar a quien pueda encontrarse con estas experiencias es lo que está detrás de sus explicaciones.

Y se comprende que Teresa desmenuce algunas cosas cuando dice que se extiende «porque sé que hay ahora, aun en este lugar, personas a quien el Señor hace estas mercedes» (18, 21).

Teresa no sería quien es sin su experiencia mística y no habría hecho lo que hizo: escribir, fundar, viajar, participar tan sensiblemente en la problemática social de su tiempo. Pero lo sería sin esos fenómenos. (Y, con todo, el tema de sus fenómenos es amplísimo, está lleno de derivaciones y bastaría por sí mismo para haberle dedicado este tiempo)

Juan de la Cruz, en el Cántico, al mismo tiempo que valora la experiencia de Teresa y la capacidad que ha tenido para escribir y explicar modos y maneras y diferentes momentos especiales, dice que «los que han llegado [a estado de perfección] ya tienen toda la comunicación hecha en paz y suave amor, y cesan estos arrobamientos, que eran comunicación y disposición para la total comunicación» (13, 6-7)

De modo que reconoce en lo que pueden valer esas experiencias, pero las coloca en su sitio y deja abierta la puerta para comprender que al tratarse de comunicación de Dios, él es el que elige el modo, que siempre será el camino más adecuado para cada uno.

Sería bueno leer los fenómenos que explica Teresa como momentos de especial intensidad dentro de la vida de oración. También como la huella en la psicología y la corporalidad que puede dejar la penetrante experiencia, que implica a quien la padece radicalmente. Y, con todo, no quiero quitar importancia a lo que supuso a Teresa, ni a la luz que pueda proyectar sobre nuestras experiencias personales.

Podemos recordar la explicación que daba Gracián y quizás bastaría ya con eso: «Las causas del raptó son dos contrarias: exceso y defecto, superabundancia de devoción, luz interior o deleite espiritual y falta de vigor...». Martín Velasco, con la solvencia que tiene en este tema, dice que «tal vez no se haya dado, después de incontables esfuerzos por conseguirla, mejor explicación de estos fenómenos».

Para Teresa, lo hemos dicho ya, lo que cuenta son los efectos. Los efectos de la experiencia, con o sin fenómeno, la profundización teológica que se da (20, 7). Porque las vibraciones psicológicas no añaden nada a la vida en amistad que es la oración, no son determinantes. Si se dan y ayudan en un momento, hay que vivirlas a fondo y nada

más. Y, referidas propiamente a los momentos de oración, han de ser minimizadas para no hacernos esclavos de nosotros mismos.

Por eso dirá también que, a veces, «resistiéndose» quedan los mismos efectos, otras veces no hay resistirse y, en todo caso, en uno de los momentos en que se pone como sin darse cuenta a orar, le dice a Dios algo que nos sirve a nosotros de punto de discernimiento: «No soléis Vos hacer, Señor, semejantes grandezas y mercedes a un alma, sino para que aproveche a muchas» (18, 4)

Reflexionando sobre esto, recordé unas palabras de Jesús: «Te doy gracias, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos y se las has revelado a la gente sencilla» (Mt 11, 25-27). Y pensaba que algo tenía que ver con todo esto: Dios puede revelarse donde no hay doblez, donde hay sinceridad, donde se hace espacio a la verdad. Entiendo que de esa sencillez habla Jesús, se sea más o menos docto, etc. Quizás sea una explicación de la vida mística de Teresa y resulte para nosotros más comprometedor que otras posibles explicaciones. Dios puede revelarse y se revela, se deja sentir y experimentar si se lo permitimos. Dejado a parte que Dios sigue siendo un misterio para nosotros, y que, aunque podemos y debemos seguir buscando razonablemente, «esta nube de la gran Majestad» no deja de ser nube.

e) Noche: ¿comprender a Dios?

Aunque aquí la experiencia de la noche aparece de forma muy fragmentaria, asoman ya elementos que nos pueden iluminar. Una vez más tenemos que remitirnos a las VI Moradas donde la Santa explicará mejor y de donde, podemos suponer, nuestro Juan de la Cruz también aprendió.

El tema está centrado, sobre todo, en el capítulo 20, pero hay ya un *aviso nocturno* en el 19, en la experiencia de caída, de vuelta a atrás, de un miedo que puede paralizar en el camino o hacer que echemos a rodar lo vivido.

En primer lugar aparece de nuevo una de las grandes ideas teresianas: Dios es el principal hacedor, el que más actúa. También lo es en la noche: «ni la podemos traer a nosotros ni venida se puede quitar» (20, 9)

La importancia de esta experiencia en esta etapa de la amistad la podemos ver en lo que Teresa ha entendido de Dios: «me dijo que no temiese y que tuviese en más esta merced que todas las que me había hecho, que en esta pena se purificaba el alma...» (ib., 16). «Se purificaba el alma» quiere decir que se van rompiendo los moldes de Dios que se acaban de hacer, moldes buenos si queremos, pero moldes al fin. Dios se libera dentro del creyente a través de esta experiencia, por eso Teresa puede decir: «con parecerme que está entonces lejísimos Dios, a veces comunica sus grandezas por un modo el más extraño que se puede pensar» (ib., 9)

Pero hay que permitir el paso, hay que atreverse a dejarse en las manos de Dios cuando las cosas van «sin camino natural» (19, 9), cuando la fe se desnuda, cuando adentro y afuera no se logra entender.

Recordemos que para Teresa han venido tiempos muy duros. Su aventura espiritual se desarrolla en medio de una tempestad terrible, mientras realiza el discernimiento de su experiencia y su primera fundación. Dudas de todo tipo se han cernido sobre ella, algunas muy dolorosas, y un sinfín de dificultades.

La noche no la traemos nosotros, viene desde dentro y desde fuera y Teresa habla para ayudar a permanecer, para dar luz, para acompañar, porque al menos ella ha experimentado consuelo recurriendo a la Palabra de Dios y viendo allí que otros habían tenido la misma experiencia (20, 10).

La ausencia de Dios tiene muchas manifestaciones en nuestra vida personal y en nuestro mundo. (En este momento) hay que permanecer aunque se sienta lo que dice Teresa: «parece anda el alma como necesitadísima, diciendo y preguntando a sí misma: ¿Dónde está tu Dios?... como crucificada entre el cielo y la tierra, padeciendo sin venirle socorro de ningún cabo» (ib., 11). En esa experiencia «crece el deseo» y ¿qué significa eso?:

Significa lo que hemos dicho hace un momento, aceptar que Dios se escape de las imágenes que tenemos de él y nos sorprenda y *nos duela*, si hace falta. Y ambas cosas, son duras de vivir. Caigamos en la cuenta de que lo que continuamente resquebraja nuestras ideas es el contacto con la realidad, la vida concreta. Si somos sinceros para con Dios y nosotros mismos, esta experiencia purifica de verdad.

Significa reconocer que «no es la comunicación para consolar, sino para mostrar la razón que tiene de fatigarse de estar ausente de bien que en sí tiene todos los bienes» (ib., 10). Entiendo que la Santa está recordando por una parte que el camino no va a ser distinto del de Jesús. Ahí hay una pista muy clara de discernimiento. Pero también recuerda todas las situaciones en las que Dios *parece* estar ausente. Por eso va a ser un camino en el que hay que mantenerse en vela, lo recuerda con el salmista la Santa, «estoy en vela, como pájaro solitario en el tejado» (Sal.101). Desde aquí, en esta purificación, se reconfigura algo sustancial en el orante. Estar en vela es «no se contentar con servir en poco al señor, sino en lo más que ella puede» (20, 23), es ver que cae el pelo malo, que nace la libertad para el amor y un «señorío» que remite a la realeza de Cristo, que lleva a intuir mejor por dónde va la auténtica fraternidad.

Significa aprender a vivir la soledad. Dice la Santa «quédase sola con El, ¿qué ha de hacer sino amarle?» (19, 2). En esta noche se descubre el amor que hay en nosotros, su talla real, porque la esencia de la amistad es «verdadero amor de Dios» y eso es el encuentro de condiciones, la semejanza de amor. Semejanza, encuentro que finalmente se hace en soledad (aunque luego pueda ser en parte compartida), la soledad en que se asume la fidelidad íntima a lo que creemos es nuestro propio destino.

Así pues, el deseo que crece en la noche es liberación, es seguimiento y fraternidad, y es amor.

f) La unión nos hace peregrinos (más humanos y apasionados)

Algo así podríamos concluir de nuestro recorrido por este grado de oración.

La experiencia que Teresa ha condensado en estos cuatro capítulos parece que nos devuelve de pronto a la vida, transformados. Por supuesto que no es de pronto ni definitivamente. Además, una infinidad de matices puebla este proceso. Pero sí da la impresión que cuanto más avanza Teresa en el proceso místico, se hace más próxima a nosotros. Más próxima y ¿más inalcanzable? Pienso que lo que brilla aquí con fuerza, una vez más, es la calidad humana de Teresa, la mujer de fe que es, y eso es lo que nos la acerca y aleja a la vez.

El despliegue de humanidad que hace en el último capítulo de la cuarta forma de regar es impresionante. Humanidad porque se presenta como una auténtica peregrina en la fe, con todo lo que eso conlleva. Es su manera de decir que lo que podría entenderse como “subir” espiritualmente, lo que hace es colocarnos a pie de camino con una pasión nueva. Y ahí es donde se abre un abanico de experiencias en las que Teresa comprende que puede acompañar.

Aparece un sentimiento contradictorio por el desfase entre deseo y realidad, entre un más allá y un más acá que conviven en la experiencia de fe. Se ve lanzada y entregada, pero sintiendo que «no hay qué se ofrezca a las que son de tan poco provecho como soy yo» (ib., 5) y no es que no haya, sino que lo acompaña la necesidad de

aventurar la vida más y más. Se ve liberada, pero sintiendo a la vez el cautiverio de «la farsa de esta vida tan mal concertada». Y así sucesivamente, entrañada y extrañada, harta y entusiasmada.

Encontrar personas con los mismos deseos, otros peregrinos, es un alivio pero aclara de qué habla y critica uno de los grandes peligros que nosotros, como espirituales, tenemos: el espiritualismo que queda en aire y nada. «Paréceme que quien me da algún alivio y con quien descanso de tratar, son las personas que halló de estos deseos; digo deseos con obras; digo con obras, porque hay algunas personas que, a su parecer, están desasidas, y así lo publican y había ello de ser, pues su estado lo pide y los muchos años que ha que algunas han comenzado camino de perfección, mas conoce bien esta alma desde muy lejos los que lo son de palabras, o los que ya estas palabras han confirmado con obras; porque tiene entendido el poco provecho que hacen los unos y el mucho los otros, y es cosa que a quien tiene experiencia lo ve muy claramente» (21, 7)

La verdad come, y alimenta a la vez, la vida de Teresa y siente el desengaño de lo que no vale nada, pero también, la paz y la disponibilidad de tener «el pensamiento tan habituado a entender lo que es verdadera verdad, que todo lo demás le parece juego de niños» (ib., 9). Y nada es, repitámoslo, lo que no es Dios, lo que no es amor, lo que no es vida y nos hace perder lo mejor que tenemos y robárselo a los demás. Por eso añade «Ríese entre sí algunas veces cuando ve a personas graves de oración y religión hacer mucho caso de unos puntos de honra que esta alma tiene ya debajo de los pies. Dicen que es discreción y autoridad de su estado para más aprovechar. Sabe ella muy bien que aprovecharía más en un día que pospusiese aquella autoridad de estado por amor de Dios, que con ella en diez años» (ib.)

Casi se lanza a dar voces y tiene que decir «mucho me atrevo. Rómpalo vuestra merced si mal le parece [...] Todo lo hace aventurar la vida, que deseo muchas veces estar sin ella, y era por poco precio aventurar a ganar mucho. Porque no hay ya quien viva, viendo por vista de ojos el gran engaño en que andamos y la ceguedad que traemos» (ib., 4)

Así podemos seguir leyendo, pero vamos a terminar este punto con dos notas que pone Teresa.

Por una parte, Dios sigue siendo el mejor amante, el que más ama, el que más caudal y amistad pone en este negocio. Después de muchas explicaciones, Teresa termina por decir que Dios «hace», o sea, ama y se da a sí mismo «porque quiere, y como quiere hácelo». Y, además, él es quien nos «dispone para recibir el bien»: «bien entendía yo no venía aquello de mí, ni lo había ganado con mi diligencia» (ib., 11)

Quizás toda la experiencia de esta cuarta agua pueda resumirse en sus palabras «Todo me era medios para conocer más a Dios y amarle y ver lo que le debía y pesarme de la que había sido» (ib., 10)

La amplia experiencia de unión se da para gozar aprovechando, «para aprovechar a otros» (21, 11), para eso, dice Teresa, escoge (se revela) el Señor, para enseñarnos a ser amigos, caminantes que muestren su «grandísima largueza», que ayuden a ver que «obra el Señor aquí» (ib., 8)

Como animadores estáis llamados a ayudar a que otros conozcan y reconozcan a Dios. Y llamados a dar razón de vuestra esperanza, de que sabéis que alguien os ama, que alguien nos ama a todos. Tal vez por eso, querer a los demás, querer de verdad, sea hoy la mejor manera de decir que sigue habiendo esperanza.

Todo esto no será posible sin tener en marcha vuestra propia experiencia, sin distinguir que en cada uno de vosotros, aquí y ahora, obra el Señor.

Eucaristía

«Y veo yo claro, y he visto después, que para contentar a Dios y que nos haga grandes mercedes, quiere sea por manos de esta Humanidad sacratísima, en quien dijo Su Majestad se deleita. Muy muy muchas veces lo he visto por experiencia. Hámelo dicho el Señor. He visto claro que por esta puerta hemos de entrar, si queremos nos muestre la soberana Majestad grandes secretos» (22, 6)

El tratadito de oración de la Santa termina y no termina en el capítulo 21. Realmente acaba en el 22, el capítulo dedicado a la Humanidad de Jesús.

Teresa había empezado su vida mística con aquel «ponerme cabe Cristo» (10, 1), después había animado con fuerza a «representarse delante de Cristo y acostumbrarse a enamorarse mucho de su sagrada humanidad» (12, 2). Ahora concluye advirtiendo que no hay camino para este camino fuera de Jesucristo. Si queremos conocer a Dios, Jesús es la puerta.

Al hablar de los sacramentos en el Tratadito, dice Teresa que son «medicina y unguento para nuestras llagas, que no las sobresanan, sino que del todo las quitan» (19, 5). Pues vamos a ver qué significa eso con respecto a la Eucaristía; hallaremos enseguida conexión con la reflexión que acabamos de hacer.

Sobresanar significa curar superficialmente, mientras la parte interna u oculta permanece dañada. Así que según Teresa (muy ortodoxa ella) con Dios no nos hacemos lavados de cara sino que él pide ir siempre a fondo.

Las llagas de que nos puede curar la Eucaristía son dos: la llaga de la falta de humanidad y la llaga de la desesperanza.

Para atender a la **primera llaga**, a la falta de humanidad, tendríamos que mirar dos rostros: el de Jesús y el de los hermanos.

- El rostro de Jesús: *Eucaristía y vida de Jesús.*

Si en algún sitio podemos nosotros aprender humanidad es en Aquel que es plenamente humano, que ha logrado la mejor humanidad posible, en Jesucristo, en su vida. «Mirando su vida, es el mejor dechado» (22, 7)

Y, efectivamente, en la eucaristía agradecemos y ofrecemos a Dios la vida, entregada hasta las últimas consecuencias, de Jesús. Y se la ofrecemos recibéndola.

Quizás es bueno recordar aquí que la eucaristía no es una iniciativa nuestra sino un *mandato* de Jesús, una invitación suya a recordarle porque, a la vista está, recordarle es tan bueno para nosotros.

Recordando, reviviendo, celebrando este amor, nosotros tenemos una iniciación continua en *aprender humanidad*. Porque creemos que la memoria de Jesucristo que hacemos en la eucaristía va capacitándonos y abriéndonos al amor. Y porque *amar al otro como hermano es lo realmente humano*, podemos pasar al siguiente punto.

- El rostro de los hermanos: *Eucaristía y fraternidad.*

La eucaristía es el sacramento de la fraternidad y fuera de la fraternidad difícilmente hallaremos sentido a nuestra existencia. El sentido de la vida es la vida compartida, la comunidad, la comunión.

Según una oración muy conocida del siglo II, los primeros cristianos celebraban agradecidos que así como los granos de trigo desperdigados por los campos han sido unidos para formar un único pan, del mismo modo los seres humanos, con nuestras

distancias y diversidades nos encontramos formando un mismo cuerpo gracias a la eucaristía.

La eucaristía debe hacer ‘eucarística’ nuestra vida y la vida de la comunidad que formamos. Debe generar entre nosotros y hacia los demás una forma nueva de relacionarnos, una forma en la que el servicio ocupa el lugar del poder.

La eucaristía es una llamada, *cada vez que comemos de este pan y bebemos de este vino*, a cambiar, a transformar nuestro corazón, nuestra forma de mirar a los demás y de vivir con ellos. La eucaristía suscita en nosotros las relaciones de igualdad, de servicio y de inclusión, la acogida incondicional. (Y si no es así, hemos de preguntarnos qué celebramos.) Si no percibimos que se impulsa en nosotros este *proceso fraterno*, algo está fallando.

Eucaristía y esperanza

La **segunda llaga** es la desesperanza. Algo tiene que ver la eucaristía con la esperanza.

Cada vez que celebramos la eucaristía, anunciamos *la muerte del Señor hasta que vuelva*, anunciamos que Jesús ha resucitado. Esto significa que seguimos creyendo que otro mundo en este mundo es posible. Significa que no abdicamos, que no nos damos por vencidos.

Celebrar la eucaristía es recordar juntos que hay redención para nuestro mundo. Para este mundo, del que formamos parte, en el que tantas veces la fraternidad está deshecha y lo humano aparece como del bando perdedor. La eucaristía recuerda que en el gesto de la entrega de Jesús hay una esperanza para todos.

A nosotros nos toca mantener vivo este recuerdo siendo motivo de esperanza para los demás, siendo pequeños núcleos de amistad. Decía hace poco un teólogo que, tras el Concilio, la iglesia había comprendido por fin que para mostrar a las gentes de hoy la Buena nueva de Dios, para ayudarles a descubrir que hay en todos algo de salvado, algo más grande y noble que lo que solemos pensar, es necesario ofrecer una amistad real y desinteresada.

En cada eucaristía que celebramos estamos llamados a la amistad, a la salud, a la transformación de nuestros corazones.

Mesa compartida y acción de gracias

La mesa compartida del pan y el vino es el gesto de compartir lo necesario para vivir y es la posibilidad de hacer fiesta con lo más cotidiano. Partir el pan es compartir la necesidad humana y pasar la copa es comunicar la alegría. En ese doble gesto, tan humano, Jesús se hace presente, presencia real de Dios Amor entre nosotros, y nos invita a partírnos y repartírnos.

Eucaristía es, como sabemos, acción de gracias, y debe generar una comunidad de agradecidos. Aún podemos preguntarnos si es posible ser orantes sin ser agradecidos. La acción de gracias crea una comunidad humana de hombres y mujeres que viven en acción de gracias. Agradecidos porque recibimos el don que podemos ofrecer. Es como un círculo, un círculo de vida, que genera círculos y círculos, que se expande y comunica. Ésa es la verdadera acción de gracias, la que Dios inspira en nosotros a través de su hijo Jesucristo.

Así es como podríamos acercarnos hoy la mesa compartida: mirando a Jesucristo, «acompañándole», estando con él en la entrega. «Con tan buen amigo presente, con tan buen capitán que se puso en lo primero en el padecer, todo se puede sufrir: es ayuda y da esfuerzo; nunca falta; es amigo verdadero» (22, 6). Ojalá vivamos como agraciados y agradecidos y sepamos celebrarlo.